

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

¡Únete a los pesimistas!



Es sábado 17 de enero. Acabo de regresar de mi gira por Norteamérica. Obama está a punto de inaugurar una nueva era para su país.

Acá, mi primera impresión, es que nada ha cambiado. Una aclaración antes de descargar mi ronco pecho: yo soy mexicano, lo soy hasta la vida y hasta la muerte; mi destino es irrenunciablemente azteca, pero eso no puede, no debe, significar que me tenga que pasar la vida mirando hacia otro lado y callando cuando veo la fealdad, la mochería, la injusticia y el horrendo conformismo cómplice, padre de toda impunidad y de todo atropello. Hay muchos modos de mi país que literalmente me encantan. Me da gusto pensar que por ahí andan Federico Reyes Heróles, Lorenzo Meyer, mis cuates los intachables Fernando y Ma. de la Paz Canales, Alejandro Junco, Carlos Monsiváis, Denise

Dresser, Humberto Murrieta y Benemérita Señora, Josefina Vázquez Mota, Ramón Alberto Garza, Vicente Leñero, Fernanda Familiar y tantísimos otros seres que me resultan admirables y a los que tampoco daría un cheque en blanco (que tampoco pido para mí), aunque sí gozan (bueno, no sé si "gocen" propiamente) de mi entera confianza. A lo que voy es a esto: México es mi Patria, lo encuentro de muchos modos admirable, me parece que no ha despedido y que no logra arrojar de su espíritu ese sello de resignación que imprimió la iglesia católica, por mucho, la que más daño le ha hecho a nuestro país y lo ha hecho por su cuenta, o en oscuras alianzas con el poder. Yo no sé; yo por lo pronto vengo entrando al aeropuerto que no es Benito Juárez, pero que todos llaman así y me entero del rudísimo golpe que nos propinó el chino (desde mi infancia, me van a perdonar, pero todo oriental es chino) al largarse sin siquiera despedirse (¿no será que lo secuestró la señora que se lo llevó para que no pasara la Navidad solito?).

Pero eso es otro asunto. Yo voy llegando con mis maletas y un santo morralón que nada más de cargarlo me parece que ya se volvió a ir a la goma mi manguito rotador. Paso por un lugar y me dicen: adelante. Unos cuantos metros después, una señora uniformada que a las claras se ve que le pega a su marido, me dice con ronca y bronca voz: apachúrrele ahí y me señala un botón verde. Le apachurro y sale rojo; ¡horror al crimen, ya me van a hurgar los calzones!. Suba las maletas a esa mesa y ábralas. Como todo esto me parece un atropello al pudor de las personas, declaro inmediatamente

abierto el período de negociaciones. Mire, señor: no me estoy declarando en rebeldía, pero ya nos habían dicho que pasáramos. Ése es otro control, señor. Le quiero informar, mi señor, que soy gente de letras de esas que muy rara vez se dedican al contrabando; hagamos una prueba piloto. A ver, cuál. Éste, mi señor, es mi portafolios, bueno, es un morral implementado como portafolios que, por cierto, es una palabra que sólo debe usarse en plural porque normalmente cargamos en él no un folio, sino muchos folios. ¿Y entonces? No se me impaciente, aquí frente a sus ojos voy a abrir mi morrafolios (como se cierra con un velcro, la apertura fue asaz espectacular). Aquí traigo unos libros que compré; usted ya conoce los libros ¿verdad?, mire este ladrillón sobre Sor Juana y traigo también un estudio sobre los literatos de Nueva Inglaterra, ¿usted ha leído Moby Dick?. No, señor, pero ya puede pasar. He aquí una victoria de la retórica: ¡Nelly!, que ya nos podemos ir. Pero como cuete y con la ayuda de un solícito paisano ¿de bigote!, ganamos los espacios abiertos. Ahora aquí estoy en mi casa de piedra y flores con mi optimismo nacional francamente deteriorado por la lentitud, la suciedad del aire que se embarra en las paredes del Viaducto y me llena de pesimismo.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MCDLXVII (1467)

MONTIEL.

Cualquier correspondencia con esta columna que entra en funciones, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R.)

